

Ficción

Paula de Luque

Colección | Narrativa

de Luque, Paula

Ficción / Paula de Luque. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Letras del Sur Editora, 2021.

180 p. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-4441-29-4

1. Narrativa. 2. Novelas Psicológicas. 3. Novelas Existenciales. I. Título.
CDD A863

2021 © Letras del Sur Editora

✉ letrasdelsureditora@gmail.com

🌐 www.letrasdelsureditora.com

📞 (+54) 9 15 2172 3605

ISBN: 978-987-4441-29-4

Colección: Narrativa

Directora: Nora Fabiana Galia

2021 © by Paula de Luque

Corrección: María Guillermina Canga

Arte de tapa: Edgar Hernández

Todos los hechos y personajes mencionados en este libro son de exclusiva responsabilidad de su autora.

Impreso por Virá | Octubre 2021

Hecho el depósito que marca la ley N° 11723

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibido, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

IMPRESO EN LA ARGENTINA/PRINTED IN ARGENTINA



Manejaba Leticia. Ariel estaba en el asiento del acompañante, no podía hablarle, pensaba en todo lo que quería decirle, pero no podía, las palabras no le salían, no podía mover la boca, le dolía la mandíbula y no tenía fuerzas. La miraba. Quería decirle que así, de perfil, nunca antes la había visto tan hermosa, nunca antes la había mirado con tanta intensidad. No podía preguntarle por qué el auto iba tan rápido, ni pedirle que bajara la velocidad, que fueran más despacio, ni decirle que era peligroso, que hacía frío, que cerrara la ventanilla, que el pelo volando le quedaba bellissimo, que por qué tenía esa cara, por qué lo miraba nerviosa y le sonreía con inquietud tratando de disimular su miedo. A qué le tenía miedo, eso quería preguntarle, pero ella volvía a mirar hacia adelante y aceleraba el auto.

Ariel no podía hablar.

Nunca antes la había visto tan decidida a algo, ¿cuánto hacía que la conocía? ¿Diez años? Tuvo la sensación de que acababa de descubrirla, de que la miraba por primera vez, y pensó que era un buen comienzo para su primera novela, esa que hacía años que quería escribir y no podía siquiera empezar.

Esa iba a ser la primera escena, la había encontrado en el momento más inesperado, un hombre encerrado en un auto a toda velocidad con una mujer bellissima y desencajada, que manejaba por un camino sin tránsito en una zona urbana algo marginal.

Leticia era su mujer, pero Ariel nunca la había amado como aman los varones a las mujeres cuando las aman de verdad, con exclusividad, pasión y algo de vergüenza.

Todo lo que había sentido hasta los huesos por una única mujer en su vida le alcanzaba para no querer volver a asomarse a esa especie de abismo humillante, sin ningún atractivo emocional,

ni mucho menos sexual, y por eso se había pasado estos años concentrado en sí mismo, tranquilo, ahorrando palabras, deseos, motivos, y los había guardado tan al fondo de sus emociones que ya no sentía nada, salvo el dolor repentino y brutal en la mandíbula y en el brazo izquierdo justo antes de subir al auto, justo antes de tener ganas de decirle a ella tantas cosas todas juntas. Por eso se le disipó la culpa incipiente cuando se prometió a sí mismo dedicarle todo lo que escribiera de aquí en más. No era mucho, pero era todo lo que podía pensar en ese momento, un desamor privado reparado públicamente con un amor de ficción. Eso iba a hacer, escribir finalmente su primera novela y además dedicársela. Y después la segunda, y dedicársela también. Dedicarle todo. Todo iba a ser para ella. Qué es exactamente el amor si no dejarse llevar por un camino desconocido a toda velocidad. La representación de la verdad se parece mucho a la verdad si los rituales son los mismos, fue lo último que pensó antes de que el universo entero fundiera a negro.

A partir de ahí, todo lo que vino después durante esa noche jamás lo recordaría.

Ariel no había escrito en años un solo párrafo organizado narrativamente. Fantaseaba con la idea de retomar algún día aquella vieja vocación, pero siempre tenía otras prioridades. Hasta un instante antes de desmayarse en el auto, escribir era algo completamente olvidado en el fondo del sector de aquellas quimeras de juventud, justo antes de conseguir ese empleo que, a sus veinticuatro años, le daba ese aire de importancia que tanto necesitaba frente a su padre, quien nunca había sentido orgullo por él, sino más bien un dejo de vergüenza. Era una vergüenza mutua. Y ese empleo le daba la posibilidad de repararse y de sostener un poco su dignidad, aunque tuviera que congelar el deseo de escribir, el deseo de ser alguien en la literatura. Por lo menos hasta treinta años después, en el momento inmediatamente anterior a perder la conciencia, justo antes de que lo ingresaran de urgencia en una sala de unidad coronaria y le aplicaran

unas planchas eléctricas para revivir un corazón detenido, y un grupo de médicos y enfermeros a los gritos intentarían cuatro veces traerlo a la vida, sacarlo del paro, mientras Leticia tenía un ataque de nervios en el pasillo de la guardia y buscaba desesperada el celular en la cartera para llamar a Matías, el hijo de él. Pero ¿qué iba a decirle? Si no sabía. Mejor no. Para qué. Ella no había tenido hijos, pero quería al hijo de Ariel como si fuera su madre. O como si ese hijo fuera suyo, que no es lo mismo. Por eso corrigió su pensamiento en el instante en que pensaba que era mejor esperar un poco para llamarlo, para no asustarlo. No ser madre era para ella su gran frustración. Él nunca había querido tener hijos. Es decir, nunca había querido tener hijos con ella.

Se dio cuenta ahí, en ese pasillo y en ese momento, mientras volvía a guardar el celular y se tomaba dos pastillas de Rivotril al hilo sin agua.

Nunca había querido tener hijos con ella. Todos esos argumentos eran una máscara, y ella había estado todos estos años, ¿cuántos años?, ¿diez?, aceptando motivos que sabía falsos para no decirse a sí misma la verdad, que se quedaba con un tipo que no estaba ni estaría dispuesto a tener con ella algo de lo cual no se pudiera volver, algo sin retorno, definitivo, algo con ella para siempre. Y que se quedaba con él porque no tenía coraje para enfrentarse consigo misma, porque le resultaba difícil o incómodo o imposible aceptar su propio deseo y salir a buscarlo, porque era más fácil mentirse, dejarse para mañana, culparlo a él de su tristeza crónica, construir todos los días un pedazo de ese espejismo llamado familia ensamblada como premio consuelo a su tolerancia. Los tuyos, los míos y todos los etcéteras. Mío no hay nada, pensó. Salvo el terror que sentía parada ahí, en el medio del pasillo que olía a lavandina, nada era verdaderamente de ella.

Matrimonio, patrimonio.

Nunca había estado en la primera línea de sus prioridades, y un día su vida también iba a terminar. En una sala de terapia intensiva o mientras durmiera en su cama o en la calle un me-

diodía de sol. Esa noche o dentro de cuarenta años. Pero era inexorable y, sin embargo, nunca había pensado antes con tanta contundencia en eso, en su propia muerte, en su propia vida, en su única oportunidad.

Quién dice que son los hijos los que traen felicidad a una pareja, volvió a negar. Y pensó en la felicidad y miró hacia el fondo del pasillo, por donde hacía un momento se había perdido la camilla con Ariel, casi vivo, rodeado de médicos y enfermeros que gritaban cosas que ella no podía recordar. ¿Qué quieren los médicos cuando intentan salvar la vida de alguien que ni siquiera conocen?

Ganar, pensó. Se miden con la muerte para ganarle. Todas las noches hay médicos en los hospitales jugando este juego. Y pensó que iba a desmayarse. El olor a lavandina es inmundito y un hospital a esa hora es un lugar vacío y blanco donde todos los que están, están de paso. Ella también. Y cayó en la cuenta de que no tenía un abrigo porque empezó a sentir frío, y también cayó en la cuenta de que hacía mucho tiempo que estaba parada en el medio del pasillo, inmóvil, con la cartera en la mano, esperando que alguien saliera a decirle algo, porque ella no se animaba a preguntar. El Rivotril empezaba a hacerle efecto así que respiró hondo, se acomodó el pelo y fue hasta el auto a buscar su tapado.

Atravesó la calle oscura, entró y trabó por dentro las cinco puertas. Se sintió completamente sola. La noche estaba desierta, ¿cuánto tiempo había pasado? Puso la llave, la hizo girar, le dio arranque al motor. El ruido le hizo sentir el impulso de poner primera y arrancar. Alejarse. Irse de una vez. Irse para siempre. Sincerarse. Pero no se fue porque consideró dos cosas: que no iba a haber nadie si preguntaban por un familiar, y que, además, no tenía ningún lugar a dónde ir sin él.

Sí. Pensó tratando de razonar. Iba a llamar a ese hijo que no era de ella. Ni siquiera tenía edad para ser su madre, no tenía por qué protegerlo de la noticia, ni pensar el mejor modo de decirselo, ni evitar asustarlo a esa hora con un final incierto, porque tampoco ella sabía qué era, exactamente, lo que estaba pasando.

Si ellos hubieran tenido una familia propia, todo sería diferente, y aunque consideraba que era una falacia afirmar que los lazos de sangre son más fuertes, más sólidos o más valiosos que los que uno elige, le dolía. Supo de golpe que él nunca había querido construir con ella algo que fuera de los dos, sino tenerla como apéndice de sí mismo.

En ese momento pensó en Santiago, como cada vez que se sentía atrapada, pero rápidamente lo sacó de su cabeza, lo dejó para después.

Decidió mantener el motor encendido para que la calefacción siguiera funcionando, cuando la sorprendió su propio llanto en la oscuridad, casi en silencio, casi a escondidas, como si no tuviera ningún derecho a llorar por ella, dentro de su auto estacionado sobre una calle oscura, detrás de una fila de taxis vacíos en la puerta de un hospital.

/ 2 /

Ana levanta la vista y mira hacia afuera por los ventanales que la rodean. No la convence del todo lo que acaba de escribir, tan así, de un tirón. Intenta unas líneas más.

No tiene otra cosa que hacer. Está sola y bastante ansiosa en esa casa en el medio del bosque. Y escribe de corrido, casi sin detenerse en los detalles, sobre la historia de Leticia y Ariel, de quienes todavía no sabe nada. Relee y decide que va a intentar mantenerse durante toda la historia sin saber demasiado, que solo será cuestión de sentarse frente a la página en blanco, respirar y escribir.

Está algo desconcentrada por la historia que debe entregar a la editorial más pronto de lo que quisiera. Lo de siempre, los compromisos con cierta urgencia la inhiben, le sacan el deseo. Y aunque escribir sea para ella un trabajo al que está muy acostumbrada, esta vez quisiera no repetirse. Quisiera escribir y que fuera

Frena el auto, se suelta el cinturón de seguridad, se siente abatido frente al impulso de grabarle un mensaje, pero igual lo hace en un intento de ordenar algo. Respira hondo y habla mirando a la cámara de su teléfono, como si hablara con ella, hasta que se da cuenta.

Es un hombre solo hablándose a sí mismo, siempre lo fue.

/ 59 /

Leticia se despierta en su cama y tiene un vago recuerdo del sueño fugaz que acaba de atravesar. Otra vez esa mujer que escribe dentro de una casa, en el medio del bosque, sobre un hombre que ya no está. Cree haber soñado en otra ocasión algo parecido, pero no lo recuerda claramente. Son las diez de la noche y tiene el horario cambiado.

Todavía tiene el olor de Javier en la piel, en el pelo, en las sábanas.

Antes, en el hospital, él les explicó a ella y a Matías que todo iba a estar bien y salió del *box* para enviarle un mensaje que decía: “Solo tengo una hora, quiero verte”.

En su casa, el primer contacto de Javier con su espalda derrumbó los reparos, los argumentos, las culpas y todas sus defensas, como se habían derrumbado durante el sueño los ventanales de vidrio de la casa del bosque de esa mujer que escribía sola.

Javier la trata con dulzura y con devoción erótica. Es lo que le produce Leticia desde siempre. Es una mujer efímera para él, aunque nunca haya pensado en eso, porque Leticia no aparece en sus pensamientos salvo cuando está con ella, y cuando está con ella todo es dulce, amable y blando. Profundamente sexual. Sin conflictos. No es que no la quiera, sino que la quiere del modo en se quieren las cosas que suceden una sola vez. Sin proyección de futuro. Cada encuentro con Leticia a lo largo de los años ha sido el primero y también el último. Javier la ve especialmente deslumbrante con ese vestido que deja su espalda descubierta, lo

pierde el olor de su piel y se alegra de haberla encontrado en la guardia, de estar en su casa, de tener una vez más su primera cita con ella, como siempre. Goza antes de tocarla, retrasa la primera caricia, hasta que logra que ella lo mire derrotada por el deseo.

Ella sabe que es así, pero no piensa en Javier como alguien efímero, sino que sostiene a través de los años la fantasía de que alguna vez él quiera quedarse. El resultado es el mismo, ella también vuelve a empezar en cada encuentro. Todo es un continuo, dice él, y los dos saben que no miente, que precisamente es un continuo porque cada vez es la primera. También saben que es una verdad construida con esa dinámica que tiene el deseo cuando se combina con la imposibilidad. Javier nunca va a dejar a Julieta, pero tiene la certeza de que Leticia no es una mujer para perder, la ama de otro modo, fuera de su pacto endogámico y también fuera de la lógica de la posesión. No soportaría perderla, por eso vuelve a conocerla una y otra vez.

—¿En qué pensás?

—En vos, pensaba en vos.

Y ella sonríe mientras fuma con esa sonrisa que a él lo desarma y lo calienta, porque todo va a terminar dentro de un rato o al amanecer.

A Julieta le vendría bien que él no volviera esa noche, por ejemplo. Le vendría muy bien tener un poco de miedo, sentirse abandonada por él. Así que cuando suene el teléfono y sea ella, Javier va a decirle que tiene una urgencia o, tal vez, ni siquiera la atiende. Para que su mujer tema perderlo. Para enredarse en el cuerpo de Leticia, hacer un nudo de piernas con sábanas y sexo que los acerque, los relaje y los haga sentirse felices durante algunas horas, por última vez, como siempre.

Es evidente que Javier se fue hace un rato de su cama. Son casi las once de la noche.

Revisa su teléfono para saber si no hay noticias y, como no las hay, decide seguir durmiendo hasta el día siguiente, ordenar

sus horarios para cumplir con el horario de visitas. Programa el despertador de su celular a las seis. Va a ir a verlo temprano. Lo va a encontrar bien. Todo va a estar bien. Lo sabe, lo presiente. Ariel va a mejorar. Va a evolucionar bien, como dice Javier cuando habla con palabras de médico. El olor de Javier en su piel, el sueño recurrente, la soledad de haberse dado cuenta de todo.

La soledad.

Le gusta su cuerpo desnudo contra las sábanas.

No quiere pensar en cosas efímeras.

Se siente viva. Puede volver a dormirse.

/ 60 /

Fernando estaciona. Baja de su auto. Desde afuera y a través del vidrio, la ve.

Ana prende una lámpara baja porque está oscureciendo.

No se da cuenta de que Fernando la está mirando, ni siquiera escuchó el motor del auto al llegar, está concentrada en sus pensamientos.

Por efecto de los vidrios y de la lámpara prendida, quedan superpuestas las dos imágenes, el interior y el exterior de la casa, y el auto de él, estacionado en el parque como una certeza de su presencia allí.

Ana se sienta de espaldas a la ventana y a él, y Fernando piensa que ella es perfecta así, pensativa, callada y de espaldas.

Y que lo será hasta que él atraviese la puerta de entrada y los mecanismos del tiempo y de la vanidad vuelvan a activarse.

Por eso la mira desde afuera un momento más, detrás del vidrio.

Y luego entra, apoya sus cosas, imposta una distancia que no tiene. Ana se da vuelta sobresaltada, se compone, se pone de pie y ella también finge una fortaleza distante que tampoco tiene.

—Hola.

—Hola, pensé que ya no venías.

Este libro se terminó
de imprimir en el mes de octubre de 2021
en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina

